

Julián Ibáñez

La Banda



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n°30—
SERIE BELLÓN, 16
MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier procedimiento salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Edición: ALICIA ARÉS

Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro
Fotografía de cubierta © Nejron Photo

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Diciembre, 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-30-3
Depósito legal: M-28022-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Estaba empinando el primer trago cuando la puerta se abrió y apareció un cuerpo grande con una cabeza pequeña, como si se estuviera desinflando. El rostro era extranjero, de cutis pálido y fino, aunque no parecía enfermo. De su mano colgaban un montón de tiras para la rifa de un pavo. Debía ser Navidad. O no lo era porque no había guirnaldas en el techo y no se veía ningún gorro de Papá Noel. Era pronto, doce minutos para las ocho en el reloj Fanta encima de la cafetera.

Al principio creí que fue un encuentro casual, pero un par de días después pensé que había sido intencionado, que Rojo había venido a buscarme porque todo el mundo sabía que era en el Menta y Canela donde empinaba el primer trago.

Tenía la vista puesta en el tipo que vendía papeletas, apostando a que no distinguiría un pavo de un jilguero, sin vender ninguna, y eso que se movía entre las mesas como un insecto, pero la gente ni le miraba ni se molestaba en decirle que querían pavo.

Realmente mi codo chocó con Rojo cuando giraba para dejar el botellín en la barra. Coño, cómo tú por aquí y todo eso, por decir algo porque apenas nos conocíamos. Lo cierto era que yo no estaba del todo seguro de si era él, aunque creí recordar que se llamaba Rojo. Lo digo porque era uno de esos tipos con barba de dos días que vuelve locas a las mujeres y te tratan como si estuvieras allí para cogerle el sombrero. Pero él sí parecía conocerme a mí.

—¿Bellón? —esperó un par de segundos a que yo dijera algo, pero como no dije nada—: ¿No sé si te acuerdas?

Me acordaba de su nombre, pero no se lo dije, me acordaba también de su barba de dos días y de su sonrisa de trámite. Cómo te va y todo eso, con desgana, y luego charlamos un poco sobre conocidos comunes a los que apenas conocíamos. Cuando parecía que los dos nos habíamos quedado sin palabras, se quedó mirándome, pero sin verme, como si una idea acabara de entrar en su cabeza y se dispusiera a salir por la boca, que mantenía un poco abierta.

—Tengo algo... tengo algo. Quizás te interese.

Esperó a que yo le preguntara de qué se trataba pero como no dije nada dejó de mirarme, cogió la taza y bebió lentamente un sorbo para ponerle la etiqueta de «importante» a lo que me iba a decir. Me miró a los ojos y:

—¿Cómo andas de cojones?

A qué venía aquello. Fui yo ahora quien echó un trago y:

—Regular.

—Regular —sonrió, dejando claro que había cogido el chiste—. Suficiente. Como yo. ¿Estás libre esta tarde?

—Depende de para qué.

Arqueó las cejas como si le hubiera dado una respuesta sorprendente.

—Para hablar. En el Asturias a las seis.

No dije ni que sí ni que no, me limité a seguir mirándole sin hacer ningún gesto afirmativo. No comprendía por qué no me decía ahora lo que me iba a decir a las seis, pero no se lo pregunté.

Dejó un par de monedas sobre la barra, dijo «a las seis» mientras me daba un azotito en el brazo de despedida y se largó.

No le había dicho que no. Pero no tenía nada que hacer, ni ahora ni a las seis. Lo cierto era que estaba algo intrigado, Rojo,

no me acordaba de él, solo de su barba de dos días. Me había parecido que chocaba conmigo a propósito, no le había visto al entrar, o no me había fijado en él. Notaba que todo esto no era una casualidad, aunque podría ser.

Entonces me acordé de qué le conocía y cuándo habíamos coincidido: fue en el Can Can, y además recordaba que alguien había comentado que venía de Florida donde había estado currando como amaestrador de orcas, o algo parecido, y que una orca estuvo a punto de merendarle un brazo.

Faltaban un par de minutos para las ocho. Tenía por delante todo el día para encontrar el billete que llenaría mi plato y me permitiría seguir durmiendo sobre colchón.

Decidí empezar por Gestoría 2000. Allí las chicas siempre me sonreían y se equivocaban de tecla a propósito. Me dieron un par de facturas para cobrar, una en Getafe y la otra en Navalcarnero. Había mucho tráfico así que este encargo doble me llevaría toda la mañana.

El de Getafe era en una tienda de ropa de mujer, el recibo era de algo más de trescientos pavos. El tipo me dijo que tenía que ir a por la pasta al banco, que le esperara. Le esperé más de media hora. Entraron cuatro mujeres y solo una compró una blusa, las otras volvieron la tienda del revés y no compraron nada. Apareció jadeante y tembloroso como si acabara de atracar el banco. Me dio un cheque de ventanilla y le dije adiós sin comprender qué le había hecho jaderar tanto.

El encargo de Navalcarnero era un relojero con toda una vida con la lupa encajada en el ojo y con un rostro afeitado de cualquier manera. Tenía una tienda diminuta donde solo cabían los clientes de uno en uno. Pero ya nadie arreglaba el reloj, lo tiraban a la basura y compraban otro. El tío se había quedado sin oficio y la lupa se le había caído del ojo. Durante treinta años había sido un esclavo, con la lupa siempre pegada al ojo que le había aumentado de tamaño. Ahora vendía trofeos deportivos y era un pez gordo en cinco federaciones. Por eso sacó un fajo del bolsillo y me pagó a tocateja.

Era pasada la una cuando regresé a Móstoles. Dejé el cheque y la pasta en la agencia y luego eché un bocado en el Albatros. Serían como las dos y media (el reloj del salpicadero marcaba la hora que le daba la gana) cuando enfilé hacia el piso de Daniela.

Era una poli para la que de vez en cuando ejercía de soplón. Pertenecía a la escala básica y por eso vestía uniforme, gorra y zapatos en invierno y verano, que se quitaba en casa donde se pasaba el día en bragas y descalza porque el uniforme era para ella peor que un traje a rayas.

No le pasaba información de forma oficial, lo hacía según me daba. Normalmente inventaba cualquier cosa, o la llamaba si tenía algo que merecía la pena. También me permitía deshacer su cama cada diez o quince días. Ahora mirábamos el techo recuperando fuerzas.

—¿Algo nuevo?

—¿Nuevo? No... Bueno, sí... Están preparando un atraco.

—¿Un atraco? ¿A un banco?

—Sí.

—¿Quienes?

—... Perro Gordo y su banda. Me han ofrecido participar.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que sí.

—¿Quién es Perro Gordo?

—Del barrio, de Móstoles. Tiene diez años pero aparenta cincuenta.

—Gilipollas.

Era feucha, tenía uno de esos rostros que catalogamos como incluseros, de piel marchita y pómulos planos, pero su mirada, de ojos pequeños y oscuros, era... turbia, inquietante. Delgada como si no hubiera sabido lo que era un huevo frito antes de los veinte años. Llevaba el pelo en media melena morena, lacia, que nunca había conocido un rizo. No era muy alta, me llegaría a la barbilla, pero tenía un cuerpo proporcionado, con cada cosa en su sitio y del tamaño justo, carne dura que ha pasado

de grasa, y se movía cuando le dábamos al asunto como el rabo de una lagartija, una especie de baile por el que un millonario diría que valía la pena arruinarse. Siempre llevaba un libro en la mano porque no le gustaba el uniforme y quería dar el salto a la escala superior.

Yo no era el único que dejaba los zapatos debajo de su cama, por lo menos había otro más, otro madero. O dos, o tres.

No tenía nada para ella y no le quería contar mi encuentro con Rojo porque no era asunto suyo y, además, no sabía de qué iba el negocio, solo que era obligatorio tener cojones.

Fue al baño y yo aproveché para buscar los zapatos. Metí la mano en el bolsillo del pantalón y encontré el de cincuenta. Eso quería decir que me podía largar. No debía tener un gran sueldo, así que casi nunca le cobraba. Le hacía un favor porque no había encontrado un tío fijo, porque tenía un cuerpo aceptable pero muy mala leche. Cuando estábamos entre las sábanas lo primero que le preguntaba era qué piso quería ocupar y siempre me respondía que el de arriba. Tomé el camino de la puerta, salí y la cerré antes de que ella saliera del baño.

Era una de esas barbas que parecen pintadas: negra, densa, sin un solo pelo blanco, recortada con esmero... Las mejillas y el cuello bien afeitados y las facciones más severas que duras. Era un tío vigoroso, un vigor no fabricado sino natural, con una bola gris ejerciendo de cabeza.

Rojo nos presentó:

—Melchor —luego se señaló a sí mismo—. Gaspar —y me señaló a mí—. Baltasar.

Melchor, Gaspar y Baltasar, quizás sí era Navidad, o lo había visto en una película. Melchor me miraba ahorrándose la sonrisa, sin disimular que me estaba estudiando, dejando claro que se encontraba por encima de mí, que Baltasar era solo una especie de invitado.

Nos encontrábamos en el Asturias, donde habíamos quedado, serían como las seis. Yo había llegado el primero, pero un minuto después apareció Gaspar con Melchor. Vestía una coreana con la cremallera subida y llevaba las manos en los bolsillos como si no las fuera a necesitar.

Gaspar pidió de beber y Melchor, sin dejar de mirarme, me preguntó con voz opaca:

—¿A qué te dedicas?

Qué pregunta. Podía responderle que trabajaba en una notaría, que era notario o algo así; pero era una salida que con aquel tipo no me encajaba. Indiqué a Gaspar.

—Ya te lo ha dicho. ¿Y tú?

Gastó otro poco de su mirada en mí, luego esperó a que le llenaran el vaso, lo cogió y empinó un trago. Bebía en vaso

porque era tónica, y se limpió los labios con una servilleta que había doblado dos veces.

—Le conozco hace mucho —intervino Gaspar en un tono bandera blanca—. Hemos hecho un par de trabajos juntos —me miró— ¿cuántos? Responde, no hay problema.

—¿De qué se trata? —le pregunté directamente a Melchor en un tono que no desmerecía del suyo.

De nuevo no me contestó. Y se produjo un pequeño silencio tenso que hizo intervenir de nuevo a Gaspar.

—Es seguro. No habrá problemas.

Entonces me pareció que Gaspar tampoco sabía de qué iba el negocio. Pero debía conocer lo suficiente a Melchor para confiar en él.

—¿Has estado encerrado? —me preguntó de pronto Melchor.

Me cogió por sorpresa, tampoco sabía a qué venía aquella pregunta, seguramente quería saber si estaba fichado. Gaspar salió al quite:

—Está limpio. No hay problema. Está limpio.

Deduje que Gaspar ya le había dicho que no había estado en la trena, pero no me conocía lo suficiente para saberlo, a no ser que hubiera preguntado por ahí.

—Ya te lo ha dicho él —me dirigí a Melchor con retintín—. ¿Y tú?

Por supuesto que no me iba a responder, pero me daba igual que se hubiera pasado media vida cosiendo balones, o tragando gin tonics con una rubia en el regazo.

—¿El último trabajo que has hecho? —me preguntó.

Era una pregunta idiota.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Para saber si estás a la altura —Gaspar respondió por él, se volvió hacia Melchor y—: Lo está. Respondo por él. Hemos hecho un par de trabajos juntos. Conduce bien.

Melchor seguía mirándome, demasiado fijamente. Aquella mirada siciliana comenzaba a no gustarme.

—¿Quieres ver el carnet? —le pregunté por decir algo, pero con mala leche, retador.

Gastó otro poco de su mirada en mí, echó otro trago, desdobló y volvió a doblar de otra forma la servilleta, se limpió los morros, quedó con Gaspar aquella noche y se despidió, ignorándome. Un par de días después comprendí la razón de todas aquellas preguntas. Conocía las respuestas y era puro teatro.

—¿He pasado el examen? —le pregunté a Gaspar cuando Melchor todavía podía oírme.

No se atrevió a mirarme para decirme:

—No lo sé —entonces me miró—. A las diez en el Sol —se volvió un poco para dejar de mirarme y decirme—: Supongo que sí, necesitamos a otro.

Había quedado con Rojo a las diez en el Sol, donde me diría si había pasado el examen de chico malo. Desconocía de qué iba todo aquello. Pero tenía que reconocer que estaba intrigado y también algo picado. Aquel tipo, Melchor, me había hecho unas preguntas normales, pero no me había gustado el tono.

Faltaba mucho para las diez. Podía recorrer unos cuantos bares y llenarme la tripa de cerveza. También podía mirar escaparates. Fui al El Gánster porque era la hora de los proveedores y habría que mover cajas.

Estaba Miki con tres de las chicas. Había lío, al parecer quería largar a una de ellas, una tal Boyara, porque solo sacaba cervezas y no se quería ir. Era armenia, o de por ahí. Y las otras dos eran también de por ahí. Que si la echaba, ellas se iban también. Miki estaba muy cabreado y que las tres podían irse a tomar por culo, que no las necesitaba, que poner una copa lo hacía cualquiera. Tenía razón, pero todos sabíamos que poner una copa era lo de menos. Entonces las chicas le replicaron que si sabía también hacer esto y lo otro. Miki se puso a ordenar cosas, muy callado, como si estuviera dándole un repaso al bar antes de quemarlo. Las chicas habían encontrado un filón y comenzaron a hacer una parodia de su trabajo y a descojonarse. Miki no replicó, terminó de hacer lo que estaba haciendo y se encerró en su despacho. Las chicas se rieron un poco más pero dejaron de hacerlo cuando comprendieron que solo habían ganado una batalla. Me dieron ganas de felicitarlas, acababan de descubrir que hacían un trabajo muy especializado, del nivel de un ingeniero astronauta, o de un general ordenando el

tráfico de cincuenta carros de combate. Pero no habían ganado la guerra, les quedaban por delante muchas batallas.

Apareció la camioneta de Mahou. Descargué una docena de cajas y me fui sin despedir. No merecía la pena, mi trabajo lo podía hacer cualquiera de las chicas sin dejar de sonreír.

Tenía el resto de la tarde por delante. Me pasé por el RélaX ofreciendo un poco de vigilancia. Saqué un par de horas. Cuando dije que me iba, Ramón me pidió que me quedara hasta la una. Le contesté que no podía y entonces me largó los dos billetes con cara de que eran los últimos que me daba.

Lo cierto era que el tal Melchor me había picado, y tenía curiosidad por saber de qué iba aquel negocio tan importante, y si había dado el visto bueno a mi jeta de gañán que, al fin, ha aprendido a distinguir una gallina de un ciruelo.

En el Sol habían comenzado a recoger porque hacía mala noche y los clientes preferían ir a casa a ver la televisión, así que, eran las diez y me encontraba delante de la puerta con las manos hundidas en los bolsillos del gabán, esperando a los otros dos Reyes Magos.

Cruzó una señora con un perrito blanco y un chaleco azul, muy fardón, de estreno, maldiciendo la mala noche porque todas las perritas andarían ya quitándose el lazo entre las orejas.

Gaspar llegó un par de minutos después y me dijo que era allí cerca y no necesitábamos los bugas. Aquello daba a entender que Baltasar había pasado el examen de chico malo y se iniciaba la segunda parte.

Se trataba de un adosado en una calle larga sin placas en las esquinas, por lo tanto sin nombre. Melchor ya había llegado. Y no había nadie más en el adosado que casi no tenía muebles. Las bombillas estaban desnudas y no era seguro que hubiera agua corriente. A lo mejor la banda éramos solo nosotros tres. Lo justo para que no me gustara. Melchor, Gaspar y Baltasar, faltaba la mitad del belén.

Gaspar abrió con una llave que había sacado del bolsillo y no había dicho nada al entrar, aunque la luz estaba encendida y se suponía que había alguien en la casa. Los únicos muebles eran una mesa y cuatro sillas en una de las habitaciones. Melchor estaba sentado con un folio delante, parecía un dibujo. Al fijarme con más atención, me di cuenta de que se trataba de un plano.